

Especial ▶
COPENHAGUE ENTRE BASTIDORES

Una mirada al interior de la gigantesca maquinaria que se propone enfrentar el calentamiento global revela que en su intrincado funcionamiento el 'fair play' deja mucho que desear.


PABELLÓN EUROPEO. Con más de 300 integrantes, la delegación de la Unión Europea tiene a su disposición todo un pabellón en el centro de convenciones donde tiene lugar la cumbre del cambio climático, en Dinamarca.

David frente a Goliat

Erik Struyf
Palacios

Enviado especial



COPENHAGUE. A primera vista, resulta conmovedor: más de 15 mil personas (entre delegados nacionales, activistas, lobbistas, científicos y hombres de prensa) venidas en nombre de mastodontes como Estados Unidos y la Unión Europea, pero también de los más pequeños estados insulares, se reúnen en Copenhague para participar juntos, directa o indirectamente, en la elaboración de un nuevo acuerdo para combatir el calentamiento global. El lunes, al verlos agolparse por sus acreditaciones rebosantes de entusiasmo, uno casi podría creer que cada uno de los 192 países representados en la capital danesa llega en igualdad de condiciones e investido de los mismos poderes. En la práctica, las cosas no son color de rosa.

“Uno casi podría creer que cada uno de los 192 países llega en igualdad de condiciones e investido de los mismos poderes”

El viernes, frente al control de seguridad que precede el Bella Center (el centro de convenciones de Copenhague), coincido con un grupo de delegados latinoamericanos. Todos parecen exhaustos. Las ojeras les cuelgan a los hombres y las chicas han perdido el brillo de los ojos. “Hemos dormido cuatro horas”, dice uno de ellos. “¡Menos!”, interviene otro. “Yo dormí lo que tardó el trayecto”, se queja un tercero que está alojado a más de 60 kilómetros. “Nos alojamos en las afueras para rebajar costos”, explica bajando la voz.

Los jornadas de 14 o 16 horas y las cortísimas noches serán pan de cada día para estos latinoamericanos y para la mayoría de representantes de los países en desarrollo. “Por falta de recursos”, resume un boliviano. Cuesta una fortuna traer a Copenhague (una de las ciudades más caras


EL PERÚ PRESENTE. La delegación peruana, presidida por Eduardo Durand, durante una reunión de trabajo en una cafetería en el centro de convenciones donde se lleva a cabo la cumbre de Copenhague.

Bush y el paso de tortuga

Una de las preguntas que muchos se han planteado en estos días es por qué las partes de la Convención Marco de la ONU para el Cambio Climático (UNFCCC), es decir los 192 países reunidos en Copenhague, han esperado tanto tiempo para cumplir sus tareas de forma que la próxima semana se pueda firmar el nuevo acuerdo climático según la hoja de ruta establecida en Bali en el 2007. Parte de la respuesta se llama George W Bush.

Mientras el predecesor de Barack Obama ocupaba la presidencia, incluir a Estados Unidos (responsable de un quinto de las emisiones totales de CO₂) en cualquier acuerdo para combatir el calentamiento del planeta estaba fuera de cuestión.

La otra razón tiene que ver con el propio funcionamiento de la convención: todas las decisiones deben tomarse por consenso. Esto significa que cualquier país tiene el poder de dilatar o bloquear las negociaciones, siempre y cuando tenga la capacidad de resistir las presiones de los demás.


GIGANTESCO. Uno de los cientos de técnicos responsables de la logística de la cumbre, que recibe a 15.000 delegados de 192 países.

de Europa), por dos semanas, a un equipo de negociadores asesorado y apoyado por personal que aligere el trabajo como puede permitírsele cualquier país industrializado.

Ya dentro del Bella Center me encuentro con una chica de la delegación peruana: “Tengo que contactar a Eduardo Durand”, le digo. “Es urgente, ¿a dónde lo llamo?

¿A su hotel?”, propongo. “Nos estamos quedando en un departamento”, reponde. En ese instante se me escapa lo que comprendo después: los peruanos también tenemos que “rebajar costos”.

Horas más tarde ubico a Eduardo Durand. Él es la cabeza del equipo peruano. Me confirma el dictamen del boliviano: “Si no fuera por el dinero de la

cooperación internacional, no estaríamos aquí. No deberíamos estar dependiendo de este tipo de fondos”, dice. “Pero estamos mejorando”, agrega y rescata el hecho de que últimamente el Perú ha ampliado su delegación con gente del Ministerio de Economía. Nuestro país, con 12 negociadores, no está entre los más desesperados. Decenas de países han enviado solo dos representantes a Copenhague, los dos viajes que financia la Secretaría del Clima de la ONU.

“Estas carencias de personal pueden tener consecuencias gravísimas. Los temas que se discuten aquí son tremendamente complicados, se requiere de equipos multidisciplinarios, de gente bien formada, con trayectoria suficiente y que domine el inglés”, me dice un miembro de una plataforma de ONG ambientalistas que fue delegado nacional en el pasado. “¿No hay acaso traducción en las reuniones?”, le pregunto. “En los plenarios y

“Si no fuera por la cooperación internacional, no estaríamos aquí. No deberíamos estar dependiendo de estos fondos”

grupos de contacto sí –responde–, pero en las reuniones informales donde se preparan los borradores todo ocurre en inglés. No te imaginas cuánto les cuesta a muchos negociadores cuya lengua materna no es el inglés articular un buen discurso”.

Al despedirme de Durand, me entero de que se dirige a una reunión consuequipo. El encuentro de trabajo de nuestros representantes tiene lugar en una cafetería del Bella Center, expuestos al bullicio y trajinar de un centro de convenciones desbordado por un exceso de acreditaciones. ¿Sería inmanejable que cada uno de los 192 países presentes pretendiera una oficina? No se equivoque: hasta Luxemburgo o la región española Cataluña tienen sus bases de operaciones, pese a estar representados por la UE y España, respectivamente.

OTRO MUNDO

Picado por la curiosidad de las desigualdades, me dirijo a conocer los ‘headquarters’ de la UE. Después de caminar varios minutos (el Bella Center ocupa un área de 123 mil metros cuadrados) lo encuentro. Un agente de seguridad me impide el paso. Sin desobedecerlo, puedo atisbar lo que una de las varias recepcionistas me confirma unos segundos después: “Tenemos varias salas de reuniones, de diferentes capacidades, hall de conferencias, varias oficinas, sala de prensa y zonas de reposo”. Por algo la zona se llama el Pabellón Europeo.

¿Por qué tanto espacio? La delegación europea en Copenhague la integran aproximadamente 300 miembros (no se conocen cifras definitivas aún). La representación de EE.UU. bordea los 200. Los negociadores de las potencias económicas están asesorados por expertos de toda índole (juristas, economistas, científicos, lingüistas). “En las rectas finales de las negociaciones, cuando las papas queman y las sesiones se prolongan, se dan el lujo de reemplazar miembros cansados de sus equipos por gente fresca como lechugas”, me cuenta el ex delegado.

¿LA UNIÓN HACE LA FUERZA?

En mi camino de regreso al centro de prensa me topo con la oficina del G-77 y China. En ese instante se abre la puerta y diviso a Lumumba Di Aping, el embajador sudanés que a media semana, en nombre del grupo, acusó a los países ricos de estar confabulando contra los países pobres con la preparación de un borrador de acuerdo. El sudanés no tiene tiempo para responder preguntas, pero al menos alcanzo a ver que la base del G-77 se reduce a una sala de unos humildes 20 m².

El G-77 se formó en 1964 en el seno de la ONU para defender los intereses de los países pobres frente a las potencias industrializadas. Hoy lo integran 130 países, entre ellos gigantes emergentes como Brasil, India y China, cuyos intereses no siempre coinciden con los de países muy pequeños o de economías medianas. Muchos observadores temen que los países ricos, no muy dados a la transparencia y el juego limpio, traten de dividir el G-77 en Copenhague. La manzana de la discordia lanzada al patio del grupo serían los escasos millones de dólares que los países industrializados parecen dispuestos a transferir para la adaptación al cambio climático. ■